

Vigésimo Quinto Domingo del TO A2023

La lógica de nuestra sociedad moderna se basa en el trabajo, los méritos y el dinero. Aquellos que con su trabajo ganan una buena cantidad de dinero se llaman personas exitosas. Entonces, cuanto más trabaja alguien, más éxito tiene; cuanto más esfuerzo pone uno, más recompensa tiene. Al final todo se reduce a una cosa: “cada uno merece el fruto de su trabajo”.

Así es como funcionamos como sociedad. Esta lógica, tan simple y tan humana, que consiste en juzgar los méritos de alguien por la cantidad de trabajo realizado, es lo contrario de la lógica de Dios. El reino de Dios obedece a reglas y leyes distintas a las humanas. La lógica de Dios no es nuestra lógica; sus pensamientos no son nuestros pensamientos y sus caminos no son nuestros caminos.

Esto es lo que Isaías nos recuerda en la primera lectura. También, es lo que Jesús nos dice en la parábola. Imagínese el shock de los primeros trabajadores contratados temprano en el día cuando recibieron el mismo salario que los que trabajaron solo una hora. ¿No es injusto tratar a todos los trabajadores por igual? ¿No es esto un abuso de la justicia distributiva? ¿No es esta una violación del principio de recompensa justa? Supongo que si esto sucediera hoy, los “sindicatos de trabajadores” se levantarían y denunciarían a una empresa que hace tal cosa. También nosotros, como los primeros trabajadores, sentimos cierta indignación. Sin embargo, es aquí que encontramos el punto de la parábola.

El contexto de la parábola se refiere a la historia de la Iglesia primitiva. Los discípulos fueron los primeros en aceptar el mensaje de Jesús y seguirlo. Con su predicación otras personas entraron a la Iglesia. Su presencia ha planteado la cuestión de si los discípulos recibirían la misma recompensa que ellos o no. Lo mismo ocurre también con la situación de los judíos y los paganos, o los justos y los pecadores, en relación con la salvación proclamada por Jesús.

Para Jesús, aunque los paganos o los pecadores, como los publicanos y las prostitutas, han decidido tarde a creer en Dios gracias a sus enseñanzas, mientras que al principio se mostraban reacios (como la gente que se había quedado "ocioso" en la plaza y vinieron a la viña más tarde), recibirán el mismo lugar en el reino.

En otras palabras, Dios no actúa según la justicia distributiva, sino según la necesidad de cada uno. Esta necesidad es la salvación que cada uno espera de Dios. Cada vez que alguien cambia su vida y cree en Dios, se le ofrece la salvación. La justicia distributiva recompensa a cada uno según el trabajo realizado. La salvación, por el contrario, es un regalo que Dios nos da independientemente de nuestras obras. No es un salario que recibimos de él. Sería un error considerar la salvación como una recompensa que recibimos por nuestros méritos. Ante Dios todo es gracia y no ganancia. Por eso, al final, el dueño dio a cada uno de los trabajadores lo que consideraba justo para su supervivencia, incluso si los primeros trabajadores querían tener más que los demás.

Además, la salvación eterna es tan importante que Dios no deja de ofrecer gracia y oportunidad para que la gente venga a él. Dios llama a todos a cada hora del día y es generoso con nosotros. Su generosidad está simbolizada en la parábola por las

diferentes horas en que el dueño sale a contratar trabajadores: las seis, las nueve, las doce, las tres y las cinco.

La persistencia de salir a diferentes horas muestra que Dios quiere que seamos salvados. Es su voluntad que seamos salvados. La insistencia del dueño, que representa a Dios en la parábola, de traer gente a su viña, es uno de los fundamentos del ministerio de evangelización. Nos da también el deber de trabajar por la salvación de nuestros semejantes al llevarles al Señor. Porque que Dios es generoso, cada vez que alguien llega a la fe, tenemos que regocijarnos por su salvación. De la misma manera, nadie tiene derecho a decir que es demasiado tarde para recibir la salvación.

Un detalle de la parábola llama nuestra atención sobre una de las plagas de nuestra sociedad moderna: el problema del desempleo. El dueño pregunta: "¿Por qué han estado aquí todo el día sin trabajar?" Ellos le respondieron: "Porque nadie nos ha contratado". Esta respuesta bien podría ser la de millones de desempleados en la actualidad. Jesús no era ajeno a este problema. Si le describe bien en la parábola, es porque muchas veces había mirado con compasión a aquellos grupos de personas sentadas en el suelo o apoyadas en las paredes, o cruzando las calles, en busca de trabajo y esperando ser contratadas.

El dueño de la viña sabe que los trabajadores de la última hora tienen las mismas necesidades que los demás que fueron contratados al principio del día. Ellos también tienen hijos que alimentar, facturas que pagar, alquiler que honrar. Al dar a todos el mismo salario, el dueño de la viña demuestra que está teniendo en cuenta no sólo el mérito de los trabajadores sino también sus necesidades. Nuestra sociedad capitalista basa la remuneración en el mérito y en la antigüedad en el trabajo, y no en las necesidades de la persona. Cuando un joven trabajador tiene más necesidad de su familia y de una casa mientras su salario es el más bajo, se queda solo luchando sin saber cómo va a lograrlo. No es imposible que acabe en la calle.

Permítanme terminar con las últimas palabras que encontramos al final de la parábola "los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos". Esta es una advertencia que debemos tomar en serio. Nos recuerda el cambio de suerte si no somos fieles y permanecemos más fieles al Señor. Todos nosotros, es decir, los que sirven a Dios toda su vida dando el mayor fruto con sus talentos, y los que le dan a Dios sólo lo que se queda de su vida haciendo la reparación al final de su vida, debemos perseverar en el Señor.

Pidamos al Señor que nos dé la misma gracia que le dio a San Pablo para que sea glorificado en todo lo que hagamos. Pidámosle que nos ayude a estar abiertos a nuestros semejantes necesitados, especialmente a los desempleados y a los inmigrantes.

Isaías 55: 6-9; Filipenses 1: 20c-24, 27a; Mateo 20: 1-16a



Fecha de la Homilía: el 24 de Septiembre, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230924homilia.pdf